

Todos mienten

M.M. Vallés

A mi hijo Pedro,
por las horas que hemos pasado juntos,
por las que hemos dejado de estarlo.

A mi padre,
el mejor hombre del mundo.

El ser humano es el único animal con la suerte proteica de erigirse
arquitecto de su propia vida.

Giovanni Pico della Mirandola

Tenía la certeza de que unos ojos sorbían, no sólo sus palabras, sino también sus pensamientos, que todo escapaba a través del ojo de cerradura que llevaba tatuado en la nuca. Y le quemaba allí, en la base del cuello. Era una sensación tan real que hasta tres veces se pasó la mano como quien ahuyenta un mosquito. Era absurdo, el autobús estaba lleno, los asientos ocupados y las barras transportaban dos buenas docenas de pasajeros colgados de sus asideros rojos; sospechar que alguien entre esa pequeña multitud le estaba vigilando, precisamente a él, era del todo ridículo.

Había ido a recoger a Rosi del supermercado después de que ella hubiese terminado el turno de tarde; era una muchacha con suerte, hacía más de un año que tenía trabajo y además eran puntuales con la nómina a fin de mes. No como él, se quejaba siempre, que había nacido con gafe para los estudios, para los amigos, para los trabajos. La joven mascaba chicle ostentosamente, como lo eran las perlas de bisutería que adornaban los lóbulos de sus orejas y el peinado, un tupé alzado sobre la frente y una larga cola de caballo. Era bonita, él lo sabía y ella también, quizá le sobrase un poco de maquillaje pero parecía sentirse segura tras esa máscara, como con su vaquero estrecho y con la camiseta rosa que dejaba expuesta su cintura. Mantenían una acalorada discusión en la que triunfaban los lamentos de los labios grosella sobre las sacudidas rendidas de la cabeza rapada. Está demasiado lejos, repetía él, se me irá todo el dinero en autobuses. Y a ella la ira le subió desde el estómago, una

furia consistente para los ojos que espiaban desde el fondo del autobús y para cualquiera que estuviese a su alcance.

Justo en el momento de replicar, la joven también lo sintió y volteó la cabeza con brusquedad buscando al espía, consciente, por vez primera, del examen a que estaba siendo sometida y se estremeció de arriba abajo. Pero la irritación ganaba a la inquietud y a la curiosidad, y prosiguió con su sermón:

—Llevo más de trece meses cruzando la ciudad como alma en pena, levantándome al amanecer y gastando hora y media en el trayecto cada día, y tú me dices que no coges el trabajo porque está demasiado lejos.

Antes de detenerse en la joven pareja, aquellos ojos habían aleteado de un lado a otro sin saber dónde posarse, y terminaron allí como podían haberlo hecho en la moto que serpenteaba entre los coches o en el polvo que cubría los naranjos en la sequedad del verano. Igual que sus oídos se quedaron prendados de la discusión de los jóvenes, del pegadizo ritmo del chicle y de las uñas comidas que se colocaban un supuesto cabello que había osado salirse de su lugar, de las pestañas ennegrecidas y de la piel, adorable, que envolvía la estrecha cintura.

También se engancharon a la mirada triste de Rosi, replegada y escondida en la espesura de sus pestañas aunque, tras ella, una cabecita funcionara a toda velocidad, anotando lo cansada que se sentía cada noche al volver a casa, el esfuerzo que suponía ahorrar algo para poder independizarse, lo que le defraudaba su novio y lo que le gustaba el encargado, un chico con porvenir de verdad. Estaba aburrída de hablarle a Yony de responsabilidad, de que tenía que abandonar el cascarón de su madre y mirar al futuro, ese que decía querer compartir con ella y que no amanecía por ninguna parte.

—Ocho horas sentada en la caja me agotan —dijo.

Se volvió hacia afuera, sus pupilas atravesaron los cristales churretosos y se adentraron en la ciudad que se preparaba para una noche ajetreada. Era viernes, al día siguiente se trabajaba, no entendía Rosi cómo a la gente le gustaba salir el viernes. Ellos sólo lo hacían los sábados: los domingos el supermercado no abría. Reparó con envidia en un grupo de chicas de su misma edad paradas junto al semáforo, la animada charla estaba cargada de planes; las pesadas bolsas que colgaban de sus hombros no tenían nada en común con su bolsito de charol con pretensiones. Esas bolsas, adivinaba, cargaban con la posibilidad de abandonar el supermercado.

—Me hubiese gustado estudiar —mintió en voz alta—, pero no pude.

Sólo por eso, porque ella no lo había hecho mucho mejor, porque tampoco había jugado sus cartas cuando pudo y no se reconocía el derecho a reprocharle mucho más y, sobre todo, porque no estaba segura de que el nuevo encargado reparara algún día en ella, le dio a su novio una nueva oportunidad tan sólo dos paradas después.

—¿A qué hora es la entrevista?

Indolente, la cabeza rapada se agachó y el ojo de la cerradura pareció ensancharse; buceó en los enormes bolsillos de los pantalones hasta pescar un pequeño papel amarillo.

—Lunes a las 12:00. Imprentas y Talleres Iglesias. Calle Chile, 7. Polígono Los Descubrimientos.

Estaban sentados junto a la puerta de salida, ella se levantó con genio y pulsó el timbre lanzando su mirada oscura a Yony, no pudo evitar enternecerse un poco ante esa nuca vulnerable. Sin embargo, tomó aire y se irguió como quien dice la última palabra, sus labios grosella vocalizaron muy claro:

—Pues a la una ya me estás llamando.

El muchacho levantó su corpachón un poco acharado por el efecto teatral de su novia, pero se colocó tras su figura menuda en un gesto protector. Antes de bajar los escalones, le dio tiempo a echar un vistazo al interior del vehículo buscando lo que parecía habersele anclado a la base del cuello. Entre la media docena de estudiantes, la pareja de señoras sudamericanas, el señor de enormes gafas oscuras y pinta de curilla, y un treintañero solitario enfrascado en su móvil, no encontró ningún sospechoso, y supuso que eran imaginaciones suyas y que más le valía concentrarse en la faena que tenía delante.

Pero sí había alguien al acecho aunque este no fuera, de natural, uno de esos seres entrometidos, esos que se nutren de lo que ven y escuchan, esos liantes, chismosos y parlanchines que después, en cualquier lugar y momento, extienden la miseria ajena como la fregona con el agua sucia. El hombre que los espiaba, pues hombre era, y que, efectivamente, había escuchado y asimilado toda la conversación, no pertenecía a esa raza de miserables, pero se convertirá en firme aspirante a ingresar en otra tribu de mezquinos: la de los mentirosos. Pero eso ocurrirá dentro de unos meses.

El individuo de gruesas gafas, con polo oscuro abrochado hasta el cuello, sentado en la penúltima fila junto al pasillo, era un tipo huidizo y sombrío que siempre ocupaba el mismo asiento y, si no estaba libre, se colocaba junto él para asegurarse que nadie se lo quitara cuando el pasajero se levantase. En esa tarde, volvía de la residencia como cada viernes desde hacía diez años, había cogido el mismo autobús, el 23, y a la misma hora, 8:35. Era un hombre maniático y obsesivo que se sentía perdido si lo sacaban de su rutina. Probablemente había coincidido con aquella pareja otros días, pero no estaban dentro de su orden: él, mientras iba en el autobús, mantenía la vista fija hacia delante.

Pero ese último día de agosto, aún no sabía muy bien por qué, su rutina había trastabillado y se sentía descarriado. A pesar de que la luz del atardecer ya no podía hacerle daño, había olvidado quitar el artilugio de cristal que oscurecía sus gafas; el mundo se veía deslucido de esa manera y no favorecía una subida de ánimo. No encontraba la causa de su desorden interior, donde sentía germinar un cúmulo de sensaciones y sentimientos no concebidos hasta esa tarde.

Pudo ser la temperatura del día que subió y bajó sin explicación alguna, hasta cayeron unas gotas sucias que enlodaron las aceras; él, en concreto, había cogido el paraguas porque la página del tiempo daba una previsión de lluvia del 70 %, y lo hacía siempre que el índice superara el 50 %. O la mirada de la enfermera jefe de la residencia; le alteró en un principio, pero después le reconfortó, le sentó bien, nadie lo había mirado de esa manera. En realidad nadie le había mirado nunca antes, era un hombre que pasaba desapercibido, hasta inconsistente se podría decir, ni siquiera hacía ruido al andar. Y siempre se había sentido cómodo con esa condición de fantasma, hasta que se descubrió bajo la mirada directa de la enfermera.

Aunque la causa bien podría haber sido no la mirada, sino la dulzura de la voz, porque la enfermera jefe también le había hablado. Como cada viernes, el pasajero del autobús saludó brevemente al mostrador y se dirigió al patio. Una cuidadora, a la que no había visto hasta ese momento, empujaba una silla de ruedas hacia la tercera mesa situada junto al ventanal y allí se dirigió él, como siempre. Era la que más le gustaba, se podía contemplar todo el jardín y estaba lejos del trasiego de la puerta. La mujer de la silla de ruedas rondaba los noventa años y su cara de papel viejo lo observaba intensamente como desde las profundidades del desconocimiento. Al final el rostro se abrió en una sonrisa desdentada antes de que se cerraran suavemente los párpados y se dejara arras-

trar hacia el sueño intermitente de los ancianos. Todo en orden, se dijo, y como de costumbre, abrió el periódico.

Fue a la salida, mientras las visitas se marchaban, los residentes regresaban a sus habitaciones y él se encaminaba a la papelera junto al mostrador para depositar la prensa, cuando la enfermera jefe, posando una mano en su antebrazo, le habló:

—No se torture más, no hace falta que venga.

Arrobado por la amabilidad del comentario, retiró el brazo y se lanzó hacia la puerta, cruzó el jardín a toda velocidad y a punto estuvo de equivocarse y coger el autobús anterior del que le correspondía, el de las 8:25: habría llegado a casa casi diez minutos antes de lo previsto. Ocupó entonces uno de los asientos de plástico bajo la marquesina y trató de recuperar el ritmo de su respiración. La ciudad hervía a su alrededor bajo un cielo púrpura y una humedad sofocante, las hojillas de los árboles palmeaban alegres lo que parecía ser un inminente aguacero.

Pero hubo otro motivo que alteró su debilitado corazón aquella tarde. Según su costumbre, antes de dirigirse a la residencia, el hombre se acercaba al cajero automático de la esquina de su calle y sacaba el dinero justo para la manutención semanal; ese día lo que le anunció la pantalla había conseguido tranquilizarlo. En los últimos meses, los gastos superaban con creces los ingresos, el número mágico, que para él era símbolo de seguridad económica, había sido rebasado a la baja hacía semanas. Se angustió.

Y allí estaba media hora después, con la piel todavía ardiendo donde la enfermera lo había tocado, sin el paraguas que, en la precipitación, había olvidado en el paragüero del vestíbulo, el periódico inerte sobre sus rodillas y las neuronas alteradas tras los cristales dobles de sus gafas de miope; en un estado de histeria inaudito en él, alerta por primera vez en su vida, con los sentidos

recién estrenados absorbiendo lo que el universo cocinaba a su alrededor, como si hasta ese momento no hubiese tenido conciencia de presente, ni memoria de pasado. Concibiendo, por vez primera, un futuro. Y urdiendo la primera mentira de este relato.

ROSI

Cuando he visto su foto en el tele, me he quedado de piedra. Yo tengo muy buena memoria para las caras y esta no se me olvidará nunca. Era un tío raro con cara de pena aunque me miraba con descaro cada vez que coincidíamos en el autobús, que era muy a menudo. Alguna vez le mantuve la mirada, y él tuvo que bajar la suya, hacía como si fuese casualidad que sus ojos estuviesen posados en mi trasero.

Pero un día fue más extraño aún. El Yony y yo andábamos a la gresca, como casi siempre en aquellos días, y el viejo no perdía palabra de nuestra discusión. Yo es que estaba muy enfadada con el Yony, y la calor que no se iba me tenía nerviosa, y había cosas más importantes en las que pensar que soltarle una fresca al tío, pero ganas no me faltaban.

Al Yony lo habían citado para una entrevista y me intentaba convencer de que estaba muy lejos. A mí. A mí, que atravieso la ciudad cuatro veces al día. Siempre fue un crío y no crecerá nunca. Me dije que era su última oportunidad, si no conseguía el trabajo lo mandaba a paseo. Y eso hice.

Yo, para entonces, ya había conocido a mi Julio, un buen partido, educado, cariñoso, trabajador, deportista, de buena familia también, no como el Yony, que ni padre se le conoce. Bueno, de eso el pobre no tiene la culpa, las cosas como son. Además sabía que Julio estaba por mí, me lo dijeron las compañeras y lo comprobé después, un día que tomamos una Coca-Cola en el descanso

y hablamos de nosotros. Él trabajaba para pagarse los estudios porque no quería ser una carga para su familia, y yo le dije que no había estudiado porque mi familia no podía de ninguna manera, que yo era la que los mantenía a todos. Y es verdad, lo de que soy la única que llevo dinero a casa. Lo otro no tanto, dejé el instituto porque era aburridísimo, y la de Lengua es que no me podía ni ver. Julio me animó, nunca es tarde, me dijo, y yo le respondí que me encantaría ser secretaria y que había empezado a estudiar idiomas por mi cuenta. ¿Autodidacta?, me dijo. Pues sí, le contesté. Me pareció una palabra preciosa.

Desde entonces llevo un cuaderno en el bolso para cuando me pregunte, y de mañana no pasa apuntarme a una academia. Bueno, cuando pase el verano empezaré a buscar.

Ya llevamos cinco meses juntos. Y cuando me ha dicho que tenemos que acompañar hoy a su padre, aquí justo, me he quedado de piedra, la verdad.

Había llegado una hora antes y se había apostado con un café con leche, que ya le sirvieron frío, en el bar ubicado en la nave de enfrente. Y allí se había mantenido alerta hasta diez minutos pasadas las doce. Su intención era controlar la aparición de otros posibles candidatos y, en su esquema de previsión y organización, había establecido unos pasos que dar y un tiempo preciso para cada uno de ellos que quedaron recogidos en la hoja de cálculo que llevaba doblada en el bolsillo.

Era primeros de septiembre y, aunque la noche anterior habían caído unas gotas, nadie podría decir que el otoño se hubiese anticipado, sin embargo, la leve bajada de temperaturas del día anterior había engañado a Alfredo Sierra. Ante la formalidad de la cita que tenía por delante, vestía camisa gruesa de algodón y chaqueta de entretiempo, un conjunto limpio y pulcro que debió haber disfrutado de épocas mejores; había querido dar un aire formal pero no demasiado serio a la entrevista y aquella vestimenta le había parecido la más oportuna, por eso mismo dejó en casa los cristales postizos que ajustaba sobre sus gafas, porque le pareció que le daban un aire frívolo poco oportuno.

—¿El señor Iglesias, por favor? —preguntó a un chaval de piel granizada apoyado en una furgoneta negra a la entrada.

—No habrá llegado aún, pero pase dentro y le informarán mejor.

La imprenta ocupaba una nave de unos cinco metros de ancho y tenía un fondo indefinido, era exactamente igual al otro centenar de ellas que conformaban la calle y todo aquel polígono industrial donde se instalaba un amplio abanico de negocios que se adaptaban a la austeridad de la nave. En esta en concreto –ITISA, rezaba el cartel luminoso de la puerta– no parecía que los dueños hubiesen invertido demasiado en su acondicionamiento a razón de las paredes y techos que se extendían a la vista desnudos y que debían proporcionar un lugar bastante inhóspito en la crudeza del invierno o del verano, a excepción de la entrada, dedicada al comercio directo; era este un espacio alegre y colorido, decorado con llamativos pósteres y fotografías en diferentes tamaños y un enorme panel con las tarifas de todo lo que Imprentas y Talleres Iglesias era capaz de ofrecer. El hombre atravesó el espacio acompañado por el incesante rumor de las máquinas, una melodía arrulladora, como un estribillo de notas básicas repetido sin fin. Su nariz era muy sensible a los olores y el aire que se respiraba aglutinaba multitud de ellos; allí olía a humedad, a polvo y un poco a alcantarilla; pero también a papel, a productos químicos, a cola y a cable quemado.

Dos enormes vitrinas acristaladas, que mostraban al cliente una extensa gama de material de oficina, lo escoltaron hasta un largo mostrador; tras él, dos mesas de trabajo, y más allá, una mampara de cristal abierta le permitía observar la zona de trabajo de la imprenta o de la orquesta que emitía su particular concierto. Pudo reconocer, entre las paredes forradas de estanterías metálicas repletas de papel, acetatos, cartulinas, canutillos, etc., hasta tres máquinas fotocopadoras de diverso tamaño y función, una impresora *offset* Heidelberg, con algunos años pero muy bien conservada (los alemanes siempre hacen lo mejor, pensó) y alguna más que no alcanzaba a distinguir desde su posición; en una enorme mesa central se alineaban los trabajos en marcha y, al fon-

do, se disponía la guillotina y otros utensilios de encuadernación. Un par de operarios se afanaban en aquella sala como danzantes calmosos de su peculiar *ballet*. En el fondo se abrió una puerta de donde salió un hombre alto y enjuto, con él arrastró un fuerte olor a gasolina.

La inesperada corriente de aire cerró la puerta privándole del entretenimiento y lo obligó a volver a la realidad y darse cuenta de que una mujer vestida de azul de la cabeza a los pies lo observaba divertida desde un escritorio atiborrado de papeles; sobre la mesa, una radio muy vieja proporcionaba, con sus canciones y su porción mínima de noticias, una atmósfera cálida y familiar. A la mujer vestida de azul le volvió a preguntar por el señor Iglesias, y ella le confirmó que no había llegado aún pero que podía esperar sentado. Él se volvió hacia una de las dos únicas sillas y se dispuso a esperar frente a una enorme litografía de la Torre Eiffel.

Alfredo Sierra tenía sesenta y tres años, era soltero y vivía solo desde hacía quince, cuando su madre ingresó en la residencia del Niño Jesús. Hacía un año que había perdido su trabajo, lo que había trastornado notablemente su entorno vital, y a un período de euforia inicial por el supuesto placer del tiempo libre, le sucedió el temor a un futuro incierto. En el transcurso de la negociación de su despido quedó patente su antigua incapacidad para gestionar sus contratos: cotizaciones a la baja, prestaciones ridículas e, incluso, periodos con omisión de alta en la seguridad social. Ante una expectativa tan negra, sólo cuando el abogado le confirmó por tercera vez y mirándole fijamente que no tenía el mínimo de años cotizados de vida laboral, llegó a la conclusión de que tenía que volver a trabajar hasta los sesenta y siete si pretendía disfrutar de una jubilación digna. Aquella euforia de gozar de, al

menos, unos meses de descanso, se truncó con la mísera prestación por desempleo que le llegó el primer mes.

—Ya se lo advertí —respondió molesto el abogado cuando se lo comunicó por teléfono—. ¿Es que no se ha leído nunca sus contratos o una nómina?

Sin amigos ni contactos, con una familia escueta de la que, además, se había ido alejando, no tenía quien le aconsejara o ayudara, por lo que se había pasado los dos últimos meses estudiando los escasos anuncios de la prensa, releendo todas las mañanas el tablón de la oficina de empleo y concertando alguna que otra entrevista —siempre de camarero— que anuló en el último momento: no se veía atendiendo mesas. Nunca fue un hombre sociable, no rehuía el trato con la gente pero se encontraba más a gusto en soledad, y siempre había desempeñado trabajos acordes con su forma de ser.

Tampoco fue un hombre ingenioso, no se le ocurrió explotar sus habilidades, que no eran pocas, ni ofrecerse directamente donde, con un poco de imaginación, aceptarían sus servicios. La mujer de su vida lo había abandonado años atrás por ese motivo. Alfredo, cariño, la vida a tu lado no tiene sal ninguna. Era un hombre gris y plano, sin accidentes orográficos, organizado, previsible. Maniático.

Comprobó la aridez de las ofertas laborales —sequía, si se trataba de alguien con sus años— y la desesperación comenzó a robarle el sueño. Se culpaba de no haber gestionado mejor su despido; le angustiaba la consulta semanal a su renta que disminuía euro a euro en un goteo inexorable; y los cálculos de su capital: su cuenta, sumada a la que su madre le abrió con dieciocho años, no le parecía suficiente para lo que había previsto ahorrar; era deprimente, además, constatar el bocado que había supuesto al fondo el coste de las últimas necesidades matriarcales. Desesperado, el azar le presentó en bandeja al perezoso joven del tatuaje en el cue-

llo y el trabajo en una imprenta no le parecía, en principio, demasiado complicado de realizar. De todas formas, no tenía que pensarlo mucho: no había más opciones.

A pesar de la desesperación, no le fue fácil tomar la decisión. No era un tipo imaginativo, y valiente tampoco. Presentarse a una entrevista a la que no lo habían convocado y justificar qué hacía él allí, superaba con mucho su capacidad de riesgo. Pero es virtud de cualquier ser vivo luchar por la supervivencia y él, al límite, se sintió empujado a tomar medidas desesperadas.

El fin de semana se lo había pasado en blanco, sentado en el viejo sofá de su casa y embobado en cómo el cuadrado de luz del balcón se iba oscureciendo. Tenía una determinación pero no encontraba la fórmula para llevarla a cabo. A última hora del domingo, abrió una hoja de cálculo en el ordenador y se propuso organizar un plan que no llegó muy lejos. Su perspicacia no le dio para razonar mucho más y el alba del lunes le pilló duchándose y afeitándose con la meticulosidad que tenía por hábito pero con la mente tan vacía como cuando se había bajado del autobús el viernes por la noche.

Alfredo Sierra buscó señales de su suerte, se detuvo en el umbral y miró hacia el cielo como cada mañana antes de enfrentarse a la jornada, pero no le dijo nada. Era como otro día cualquiera, con las mismas siluetas de edificios, los jardines resecos y la ropa olvidada en los cordones de las ventanas, con el calor amenazando tras las líneas de sombras y el vaho de polvo mojado subiendo desde el suelo. Cuando bajó el escalón y alcanzó la calle, se dio cuenta de que no se había cruzado con nadie en el ascensor ni en el portal, a veces ocurría, podía entrar y salir a cualquier hora sin que nadie advirtiera su presencia. Nunca le había importado especialmente, es más, se sentía liberado de no tener que arriesgar un comentario o mirar al rostro a nadie, su timidez no había sanado con los años y a menudo se sonrojaba como un adolescente. Sin

embargo, ese algo que se había instalado en su interior le hizo compadecerse. Sonrió tristemente, recordó una antigua noticia del telediario, la de la mujer que había muerto en su casa y sólo el hedor alertó a los vecinos varios días después, o una anterior a esa, la del funcionario que desapareció de su trabajo durante cinco años y nadie supo nada de él. Ninguno tendría conocidos o familiares, como él, al oficinista nadie lo echó de menos, la mesa vacía, los papeles empolvándose con el paso de las semanas. Si a él le pasase algo, ¿cuánto tiempo tardarían en descubrirlo? Quizá los odiosos gatos de la vecina echarían de menos que no hubiese nada fresco en la cocina, algún vecino se sorprendería de que no se repusiesen los geranios de sus balcones. Ninguno extrañaría que no asistiese a una reunión de comunidad, no había ido jamás.

Él se sentía uno de ellos, formaba parte del firmamento de ciudadanos de los que nada se espera porque ni siquiera los esperan a ellos, sin constatación de su existencia; hombres y mujeres que alargan el momento de llegar a casa en el gimnasio, en la oficina o sentados en un banco del parque porque, en casa, no hay nadie con la cena puesta ni a quien contar las anécdotas de la jornada, aunque tampoco habrá ninguna que merezca la pena contar; ese grupo de individuos que, una vez entran en el hogar, ya no tienen motivos para salir: los olvidados de una sociedad que cada vez se preocupa más en olvidar a sus miembros. Las compras *online* hacen la vida fácil, los periódicos digitales imprimen sus noticias al segundo, hoy día, casi nadie recibe cartas, por lo que un buzón lleno no llamará la atención. Nadie lleva el pan a las puertas y pocos reciben bombonas de butano a domicilio.

En todo esto meditaba Sierra aquella mañana, apagando el poco ánimo con el que se había levantado. Pertenece a ese equipo, a los que, a medida que la comunicación se limita, se les reducen las reuniones, las charlas; en el que la actualidad y la experiencia de vida se reducen a la cosecha de internet o de los programas televi-

sivos, incluso era de los que leían las noticias en la red porque ya no le apetecía ni intercambiar media docena de palabras con el quiosquero o, a veces, ni mirar a los ojos al presentador de televisión, no fuese a adivinar su abandono. Su espíritu hacía tiempo que se había vaciado de contenido, el cuerpo se había aligerado de su carga y vagaba sin fuerzas ni interés para despegar los labios, como un espectro entre la multitud.

Así había sido hasta la extraordinaria tarde del viernes, cuando algo se había roto en su interior —aún no sabía si para bien o para mal—, y una simiente extraña creció y maduró durante el domingo, otro día atípico en el que todas las reglas fueron saltadas al quedarse en la cama. Una substancia que brotó y depositó, el lunes por la mañana, a un hombre incipientemente nuevo en las calles de la ciudad.

A las 10:15, Alfredo Sierra cogió el circular que le llevó hasta la estación metropolitana. Diecinueve minutos, confirmó con pulcritud meticulosa la previsión de su aplicación de transporte público; a las 10:30 saldría el M-302 que le llevaría en dieciséis minutos al polígono Los Descubrimientos. Toda la información la había extraído de la página de transportes de internet, herramienta que manejaba a la perfección y que le tenía al tanto de su ciudad.

Lo que no podía prever Sierra era que se encontraría en el vestíbulo de la estación con el joven del tatuaje en el cuello escrutando con dificultad las pantallas informativas, esta vez sin el pantalón paramilitar. La madre había suplicado al muchacho que acudiera a la entrevista; la pobre mujer había hecho del ruego su modo de vida, muchos años atrás, suplicó al padre de su hijo que no los abandonara, rogó para pedir trabajo, para que aprobaran al niño en el colegio y, una semana antes, había suplicado por un trabajo para su hijo a doña Rosario Iglesias, en cuya casa había servido

durante una década. Es un buen muchacho, señora, le contaba mientras tomaban café en el enorme salón que había limpiado cientos de veces, ¿no habría nada para él en la imprenta? Y la casi septuagenaria señora, en uno de sus escasos momentos de lucidez, detuvo el persistente vaivén de su cabeza y descolgó el teléfono dando una orden concreta a su hijo. Por Dios, no me dejes en mal lugar, añadió con severidad al final de la breve conversación. Yony, que así se llamaba el joven, accedió a regañadientes porque, aunque nunca se lo diría, quería a su madre, y además se sentía en deuda con ella; también accedió a dejar los pantalones de camuflaje y la camiseta negra en casa, y salió de casa tan limpio y bien peinado como un niño antes de ir a misa.

Una hora después, se encontraba perdido fuera de su barrio, jamás había estado en aquella estación, tan grande como una catedral, y en medio de aquel trasiego se sabía incapaz de manejarse; amagaba con preguntar a cualquiera que pasase cerca y llevase uniforme, ya fuese chófer o policía, sin llegar nunca a formular su pregunta.

Sierra lo vio. Sierra temió. Sierra se quedó paralizado con unas gafas en la mano que limpiaba por enésima vez y pensó en el montón de horas que había malgastado urdiendo su supuesto ingenioso plan, que no era ni plan ni ingenioso, y que en ningún momento previó lo más lógico: que el muchacho obedeciese a su novia. Entonces, esa simiente que se le había quedado prendida en las entrañas pareció darle coraje y lo zarandeó; sin darse cuenta, se había colocado las gafas y adelantado una docena de zancadas hasta plantarse ante el muchacho. Se quedaron frente a frente sin saber qué hacer en una escena que, en pocos segundos, se tornaría ridícula. Yony, viendo el billete de autobús en la mano del hombre, supuso que le informaría:

—El M-302 me lleva al polígono Los Descubrimientos, ¿verdad?
Alfredo Sierra inspiró y expiró profundamente. Y habló:

—Se confunde, joven, es el M-215, mire en esa pantalla. Sale en dos minutos, no creo que le dé tiempo. Lástima. El próximo sale en treinta y dos minutos. Tendrá que esperar. O también puede coger el M-216, aunque con ese tendrá que caminar unos veinticinco minutos. Un buen trecho, la verdad. Sí, mejor el otro, el 215. Buenos días.

Dicho esto, se volvió y continuó su camino, severo en su chaqueta y enhiesto su cuello, dejando a sus espaldas a un joven desconcertado y más perdido todavía. En el tiempo que duró la mínima conversación, Sierra no levantó la vista de su propio billete y del papelito sobado por los dedos de uñas comidas del muchacho, que le produjeron un asco terrible. Tampoco le gustó el olor que exhalaba a fuerte colonia barata.

En el autobús corrió hasta el fondo —pasillo, penúltima fila— para evitar las miradas de los pasajeros que sentía clavadas en él, avergonzado e indignado por lo que acababa de decir, asombrado por el arrojito, por la cantidad de palabras que había pronunciado de corrido, como si un ser ajeno le hubiese dado un ultimátum dictándole el discurso al oído. Y él no hubiese tenido otra opción que repetirlo. Repasó las frases varias veces en su interior y supo que la confusión disuadiría a un muchacho de pocas expectativas como aquel. Era plenamente consciente de lo que había dicho y de sus consecuencias: había mentido y el joven perdería su oportunidad. Y no entendía cómo había alcanzado ese tipo de bajeza.

Y así había llegado a la nave nº 7 de la calle Chile, del polígono bautizado Los Descubrimientos, como una metáfora de su porvenir, un poco sudoroso por efecto de la ropa inadecuada, angustiado por su mal proceder; nervioso por el devenir de una situación que, lejos de manejar, no sabía ni por dónde iba a comenzar, ignorando el sesgo que tomaría aquella insensatez que otros podrían llamar

aventura. Sentado en la antesala de la nave, no sospechaba que la imagen del joven de la estación le acosaría durante las semanas venideras, lo sorprendería en el portal de su casa y en la parada del autobús en forma de movimiento entre las sombras, un fantasma que le empujaría a acercarse, a su pesar, al resto de los pasajeros que esperaban junto a él para protegerse del muchacho furibundo que le pedía explicaciones por su comportamiento. Experimentaría, aunque es verdad que por poco tiempo, la inquietud de los remordimientos.

Aquel sentimiento comenzó a sacudirle mientras permanecía sentado, y varias veces estuvo a punto de huir Sierra de la imprenta, asustado cada vez que un cliente entraba en el local confundiendo con el joven, pensando que podría haber preguntado a otro viajero y acertado con la línea correcta. El chico de los granos en la cara trajinando cajas desde el vehículo a la trastienda, la mujer pegada al teléfono que le sonreía de tanto en tanto y, sobre todo ello, el miedo visceral a la miseria, lo mantuvieron pegado a la silla, vigilado de cerca por la hermosa Torre Eiffel.